

ampliando el ingenio y creando contratos con los nuevos propietarios cuando se disolvió el ejido colectivo. No obstante, la muerte de Johnston en 1937, previa a la pérdida de las tierras donde se sembraba la caña, interrumpió el creciente desempeño de la empresa. En otras manos, la USCO sobrevivió, pero dejó de ser el emporio que diera vida al noroeste de Sinaloa.

En este libro, se presentan modelos distintos, diversos experimentos, modos de operar y dimensiones variadas. En cuanto a la pregunta por el fracaso de la industrialización mexicana, el libro plantea dos posibles respuestas que involucran a dos actores: los empresarios y el Estado. Por un lado, la incapacidad de algunos hombres de negocios para adaptarse a las condiciones cambiantes y sobrevivir sin el apoyo gubernamental, para ampliar el mercado interno o, en su defecto, exportar y competir con los productos de otros países. Por el otro, la falta de políticas de fomento inteligentes y de largo plazo por parte del Estado y el interés de los gobiernos posrevolucionarios por privilegiar la solución de los problemas políticos por encima de los económicos, a fin de paliar el descontento social generado por la polarizada distribución del ingreso, conseguir legitimidad y mantenerse en el poder.

María del Carmen Collado
INSTITUTO MORA

Aimer Granados y Carlos Marichal (comps.), *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*, COLMEX, México, 2004, 269 pp., ISBN 968-12-1141-3.

Humboldt redescubrió América para los europeos, completó el cuadro del mundo conocido y presentó una rica taxonomía que sirvió de base para las indagaciones futuras. En el terreno científico y práctico contribuyó a construir una noción de universalidad, como Goethe lo hizo dentro de la literatura y Hegel para la historia. Desde la perspectiva del viajero prusiano, Europa no podía ser comprendida si no se le situaba dentro de este horizonte global.¹

En paralelo a este movimiento universalizador, europeísta en muchos sentidos, pues dejó en el amplio cajón del orientalismo lo que no podía asimilar,² Herder encontró en lo que llamó el “espíritu del pueblo”, la fuente de la singularidad de los distintos conglomerados humanos, animando la perspectiva de los viajeros y científicos decimonónicos que trataron de describir y, en el mejor de los casos, explicar las razones de estos particularismos.

El surgimiento de las naciones modernas trajo consigo la necesidad de definir identidades colectivas que trascendieron el ámbito local. Los Estados que se independizaron del colonialismo europeo comenzaron a esbozar sus literaturas e historias nacionales, y a reconocer ciertas señas de identidad dentro de una fisonomía geográfica y cultural todavía difusa. Conocer y conceptualizar lo propio se convirtió a la vez en un objetivo estatal y en una empresa de las nacientes ciencias sociales.

¹ Al respecto, remito al magnífico libro de Edward W. Said, *Orientalismo*, Debate, Barcelona, 2002.

² Ottmar Ette, “Europa como movimiento. Sobre la construcción literaria de un asunto fascinante” en Gustavo Leyva (comp.), *Política, identidad y narración*, Miguel Ángel Porrúa/UAM, México, 2003, p. 330.

Ya fuera por los intentos de reconquistar españoles o por el expansionismo estadounidense codificado por la doctrina Monroe, la intelectualidad latinoamericana emprendió la tarea de perfilar una identidad supranacional que, a la vez que reconociera un pasado común, enunciara una ruta posible y conjunta para los Estados recientemente formados. Este propósito tuvo un componente utópico de origen, no por la imposibilidad de realizarse, sino porque nunca dejó de ser un objetivo, una empresa apremiante y siempre inacabada. Momentos capitales en la historia de este ideal son materia de los ocho ensayos recogidos por Aimer Granados y Carlos Marichal en *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*.

En poco más de 100 años las formulaciones de la identidad latinoamericana sufrieron modificaciones significativas, como dejan ver los textos de Aimer Granados, Luis Arturo Torres Rojo y Alexandra Pita, acerca de los congresos hispanoamericanos del siglo XIX, el pensamiento de José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, y de los intelectuales que publicaron en el *Repertorio Americano* entre 1919 y 1958, editado en San José de Costa Rica.

Partiendo de considerar a América como entidad autónoma y espacio geográfico acotado, la denominación del ideal unitario evolucionó de acuerdo con las distintas coyunturas históricas, transitando del americanismo esbozado en el Congreso de Panamá de 1826, al hispanoamericanismo delineado en los congresos de Lima, celebrados en 1848 y 1865, y de Santiago de Chile en 1856. En el cambio de siglo cobró relevancia el latinoamericanismo, permitiendo la inclusión de las

naciones lusófonas y de habla francesa. Con el pensamiento de Mariátegui y Haya de la Torre, se abrió paso el indoeamericanismo, opuesto al hispanismo de cuño franquista. El interamericanismo acabaría convirtiéndose en la denominación usual, quizá por ser la más neutra en cuanto a su significado. De extenderse el arco temporal hacia la segunda mitad del siglo pasado, probablemente se daría cuenta de una redefinición del latinoamericanismo asociada con la revolución cubana y su proyección en el continente.

Resulta muy interesante en estos ensayos ver cómo el cambio de nombre denota un énfasis y la intención de afirmar una identidad que muchas veces no pareció algo plenamente asentado. Del americanismo, deudor del lenguaje político de la Constitución de Cádiz, se pasó al hispanoamericanismo, diferenciándose de los estadounidenses que adoptaron el vocablo "americano" para autonombrarse, hasta llegar al latinoamericanismo e indoeamericanismo, este último vinculado con la emergencia de los movimientos populares en las primeras décadas del siglo XX y utilizado como denominación que reflejaba en el porvenir lo que en otro momento fue origen: la raíz indígena primigenia, elemento unificador de los pueblos del continente, sustento de una identidad concebida como esencia cuya comprensión de sí constituía la condición de posibilidad de la emancipación futura.

Otro grupo de ensayos (los de Esther Aillón, Fausta Gantús, Manuel Vargas, Alicia Gil y Javier Moyano), el primero dedicado a la política cultural francesa y los demás al estudio de intelectuales prominentes (tres mexicanos, un peruano y dos argentinos), ponen de relieve la gran influencia del pensamiento galo dentro

de las elites ilustradas del subcontinente. Paradójicamente, el fracaso de la intervención francesa en México, que marcó el repliegue definitivo de su presencia militar en América, fue el punto de arranque de una política cultural sumamente exitosa iniciada con la comisión científica que acompañó al ejército imperial, émulo de la que décadas atrás formó Napoleón en su aventura por Egipto y de cuyos resultados Edward W. Said dejó un análisis ejemplar.³ Después vendrían los congresos de americanistas, la Alianza Francesa, el Instituto Francés para América Latina y otras afortunadas empresas culturales y aún activas.

Más allá de este éxito, es importante destacar, como hace Esther Aillón, que esta política cultural supuso el reajuste de la mirada europea hacia Latinoamérica, un nuevo hito después de su redescubrimiento a cargo de Humboldt. Y, como un movimiento en sentido contrario, la adopción de París como capital intelectual de los pensadores de esta orilla del Atlántico. Desde el chileno Francisco Bilbao, posiblemente el acuñador del sustantivo América Latina, pasando por Justo Sierra, Francisco Bulnes y José Vasconcelos, entre los mexicanos, Francisco García Calderón en Perú, y Manuel Ugarte en Argentina. Esto por no hablar de Gabino Barreda y José María Vigil en el siglo XIX, de los jóvenes universitarios que poblaron el Barrio Latino en las décadas de 1960 y 1970, fascinados por Foucault, Althusser, Lacan, Derrida, Braudel, Touraine y Barthes, o de cubanos tan "franceses" como Alejo Carpentier.

³ Edward W. Said, *Cultura e imperialismo*, Anagrama, Barcelona, 1996, pp. 76-79.

Concluido el episodio amargo de la intervención, la influencia del pensamiento galo se hizo notar en la obra de Justo Sierra y en las posturas raciales de Francisco Bulnes y José Vasconcelos. Del primero, destaca Fausta Gantús su concepción de un mestizaje cultural que lo hizo enunciar un panlatinismo como opción para atajar la amenaza anglosajona en el subcontinente. Bulnes, expone convincentemente Manuel Vargas, fue deudor de la biología lamarckiana en momentos en los que ésta estaba de salida del mundo científico y era reemplazada por las teorías de Mendel y Darwin. Esto lo condujo a postular la superioridad de las civilizaciones basadas en la dieta del trigo sobre las que consumían maíz y arroz. De alguna manera entronca la tesis de Vasconcelos con la de Sierra, en la medida en que ambos valoraron positivamente el mestizaje, aunque aquél, como el arcángel Gabriel, anunció la llegada de la quinta y última raza, "la raza cósmica", que felizmente nacería en América Latina.

Dejé para el final el comentario a la introducción de Aimer Granados y Carlos Marichal porque es a la vez una presentación, un diagnóstico y un proyecto. Me detendré en los dos últimos aspectos, refiriéndome exclusivamente a la historiografía mexicana. Asumiendo con José Elías Palti que la nueva historia intelectual supone la convergencia de la historia con la filosofía, la crítica literaria y la antropología cultural, habría que señalar la escasa disposición de la historiografía nacional a entrar en diálogo con estas disciplinas, tal vez por una especie de precaución para cuidar una "identidad disciplinar" y terminar de validar una aproximación a sus objetos de estudio que recurrentemente

ha sido cuestionada por las ciencias sociales y la filosofía.

Por otra parte, no obstante que en nuestro país hay una larga tradición de historia de las ideas, particularmente bajo la forma de historia de la historiografía, ha sido sumamente desigual el estudio de las distintas corrientes políticas, filosóficas y estéticas, de tal manera que sabemos mucho del liberalismo, pero poco del pensamiento conservador o del socialista. Conocemos bien el positivismo, a la vez que ignoramos la recepción de las distintas metafísicas. Carecemos de una historia de las escuelas literarias y no hemos reunido aún la obra de autores importantes que no llegaron a ser canónicos. Entonces cabría preguntarse si el problema reside únicamente en el enfoque, o si hay otros obstáculos que impiden avanzar en la línea del contextualismo de Skinner y Pocock. ¿No nos faltará todavía un poco de texto? Ésta y otras preguntas más pertinentes sugieren la lectura de la introducción de *Construcción de las identidades latinoamericanas*, por lo que debemos agradecer a sus autores haber desbrozado el terreno para reflexionar sobre estas materias.

Carlos Illades
UAM-IZTAPALAPA

Guadalupe Rodríguez de Ita, *La participación política en la primavera guatemalteca. Una aproximación a la historia de los partidos durante el periodo 1944-1954*, Facultad de Humanidades-Universidad Autónoma del Estado de México/CCyDEL-UNAM, México, 2003.

¿Por qué estudiar lo ocurrido en Guatemala en el periodo 1944-1954? ¿Por qué

estudiar la experiencia política de Guatemala? El estudio de Guatemala, en el contexto de la literatura científico-social que se produjo al amparo de la teoría de la modernización y de la dependencia, es obligado, ya que representa un caso típico para ilustrar las relaciones explícitas entre las estructuras del atraso y las del autoritarismo, como formas clásicas que servían para explicar el subdesarrollo político de ese país. En éste, de acuerdo con los estudios que se hicieron aplicando las mencionadas teorías, las expresiones políticas del atraso y/o la dependencia, se identificaron con diversas formas de tiranía, de autoritarismo.

Otra explicación, ahora para comprender por qué no se estudiaron en México los fenómenos políticos de Guatemala, se debe a la idiosincrasia del mexicano, parecida a la de los habitantes de Pedrones: según Jorge Ibarguengoitia, en una de sus afamadas novelas, la gente de Cuévano decía de sus vecinos de Pedrones que éstos confundían lo grandote con lo grandioso, mientras que al hablar de sí mismos decían que era preferible ser de ciudad chica y no de pueblo grande. La analogía entre el vecino grande y el vecino pequeño, entre el vecino poderoso y el vecino débil, caló también en el medio académico que, en ocasiones, se guió más por la importancia del escenario que por lo trascendente del fenómeno que se iba a analizar.

En el caso del libro que se reseña, en nuestro medio, a pocos estudiosos se les escapa la importancia de estudiar lo que significó el establecimiento de la democracia en un país con tradición autoritaria y la forma brutal como se interrumpió el proceso democratizador. El interés en el caso guatemalteco es doble porque, primero, se trata de la primera lucha popular